
CAPÍTULO VII

SUMARIO

96. Por qué existen varias liturgias?—Solemnidad del Sacrificio. Misa de los catecúmenos.—**97.** En los primeros siglos no había introito.—**98.** Oraciones preparatorias.—**99.** Incienso.—**100.** Los Kiries recitados por el pueblo.—**101.** Los cantores entonan el *Sancte Deus*.—**102.**—Lección de las Sagradas Escrituras.—**103.** Deprecaciones.—**104.** Incienso.—**105.** Bendición para el diácono que ha de cantar el Evangelio.—**106.** Síguese éste.—**107.** Sermón.—**108.** Son despedidos los catecúmenos, penitentes y energúmenos.—**109.** Preces por ellos.—**110.** Empieza la Misa de los fieles. Preces por éstos.—**111.** Himno querúbico.—**112.** Doble incensación.—**113.** Colocación de los lienzos y vasos sagrados sobre el altar.—**114.** Lavatorio de las manos y ósculo de paz.—**115.** Oblación de los fieles.—Qué es lo que se ofrecía, por quiénes, dónde, y con qué orden.—**116.** Elección de los dones. Cántico.—**117.** Incensación del altar.

96. Al dar noticia de la Liturgia eucarística que la Iglesia practicó en los cuatro primeros siglos del Cristianismo fuera mi deseo haber encontrado una sola, para que sin confusión alguna pudiésemos fijar nuestra atención en aquellas memorables costumbres dignas del recuerdo cristiano. Mas como esto no es posible por la diversidad de las mismas, unas veces más extensas que otras en sus accidentes, nos contentaremos con describir la parte general en que convienen todas, intercalando en sus lugares respectivos, los ritos

particulares de las más notables de ellas, que son los puntos de que unas carecen y otras abundan, logrando presentar de este modo por extenso, toda la Liturgia general antigua.

A fin de que se comprenda mejor el rumbo que tomo en esta materia, advertiré que si describiese en particular cada una de las liturgias antiguas, era cuestión de no acabar nunca y salirnos del objeto de la presente obra, y si describiese una solamente, se me podría tachar con razón, de defectuoso, ya que en este caso no daría noticia de otros ritos importantes que, no conteniéndose en ésta, se hallan en las demás.

Liturgia ó misa, según Martene (1), es el orden de lecciones, preces y ceremonias que se emplean en el ofrecimiento del Cuerpo y Sangre del Redentor, de donde tantas son las liturgias cuantos órdenes de éstos encontramos.

Ocurrirá en los presentes momentos el deseo de saber la causa de tanta variedad de liturgias, siendo uno sólo el Sacrificio. La principal es el no haber un mandato especial de los apóstoles de que no se usase otra liturgia que la que les enseñó el divino Salvador (hablo de los accidentes de ésta) pues todos, absolutamente todos los apóstoles y varones apostólicos practicaron la consagración del Cuerpo y Sangre de Jesúcristo, que en esto consiste la esencia del Sacrificio, del mismo modo que el Hombre-Dios la enseñó. Se sabe, además, con certeza, que en la celebración de la misa recitaban el *Pater noster* ú oración dominical y algunas otras oraciones devotas, juntamente con algunos ritos tomados de la ley antigua, y en esto consiste la divergencia de las liturgias, divergencia que en la substancia equivale á cero, pero que en los accidentes es digna de ponderación.

Al no haber el especial mandato mencionado, la dispersión de los obispos y presbíteros, y el fervor más ó menos encendido de los mismos, influyeron en acomodar á la liturgia común, oraciones y ritos nuevos, originándose de aquí las varias clases de liturgias. Además; aunque contra algu-

(1) De eccles. rit., lib. I, cap. III.

nos autores, gran parte de las liturgias estaban escritas en los cuatro primeros siglos, á fin de que los nuevos presbíteros las aprendiesen y los viejos las repasasen, no obstante no las había escritas en toda su extensión, debido al furor de los perseguidores que arrojaban á las llamas los libros de los sacerdotes, mayormente los del culto divino, y debido también al celo de los ministros de la Iglesia que temían se profanasen las palabras del santo Sacrificio. Unidas todas estas causas, motivaron la variedad referida. Hubo santos prelados que resumieron las difusas liturgias, originándose una nueva clase de las mismas, siendo así que no eran más que un compendio de ellas, como S. Basilio que redujo la de Santiago, la cual se llamó más tarde, de S. Juan Crisóstomo. Pero dejemos ahora este punto, que trataremos con mayor difusión más adelante, y pasemos á describir la solemnidad del Sacrificio en los cuatro primeros siglos.

97. Generalmente se daba principio á éste con algunas oraciones ó también con la lectura de los Profetas. En estos tiempos no se recitaba el salmo *Judica me Deus*, ni el *Intróito*, pues el primero no tuvo lugar hasta el tiempo de S. Ambrosio y el segundo principió (siglo V) en tiempo de S. Celestino I, según Amalarico (1) y Walfrido Strabón (2). Este último se expresa con las siguientes palabras: «Celestino, papa, instituyó el que recitasen antifonas para el *Intróito*, pues hasta entonces tan solamente se leía una lección del Apóstol».

98. La liturgia de Santiago de Jerusalén, que se usaba en esta diócesis y en la de Antioquía, empieza por rogar á Dios que no desprecie al celebrante por la multitud de sus pecados, de los cuales le pide perdón. Después añade que le ofrece la Misa, para desempeñar la cual, solicita de su Majestad las gracias convenientes. Prosigue glorificando á las tres personas de la individua Trinidad, acto que ejecuta cuando se presenta al altar.

99. Sucesivamente pone incienso en el turíbulo y su-

(1) Lib. 5, cap. V.

(2) Cap. 22.

plica al Señor que acepte aquella ofrenda y que purgue á los asistentes de toda mancha, á fin de que puedan ofrecerle debidamente el sacrificio; sigue otra oración, concluída la cual, exclama el diácono: «Oremos de nuevo al Señor.» Entonces el sacerdote, presentando el incienso al Altísimo, le dice: «¡Oh Dios! que recibiste los dones de Abel, el sacrificio de Noé y de Abraham y el perfume de Aarón y de Zacarías; recibid, os ruego, de nuestras manos, que somos pecadores, este incienso que á tí hemos encendido en olor de suavidad y para remisión de nuestros pecados y de todo tu pueblo, porque bendito eres; y á tí conviene la gloria, Padre, é Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Así sea». Concluída esta oración, se dirige el diácono al sacerdote y le dice: «Señor bendice». Rezan otra oración en la que le suplican que bendiga el ministerio que van á perfeccionar y también á ellos mismos, y canta el diácono la oración siguiente: «Oh Unigénito Hijo y Verbo de Dios, que eres inmortal y que te has dignado por nuestra salud, tomar carne de la santa Madre de Dios—Deipara—y siempre Virgen María; sin ninguna conversión te has hecho hombre y fuiste crucificado ¡oh Cristo Dios! y por la muerte hollaste á la misma muerte; mas eres uno de aquella santa Trinidad que con el Padre y el Espíritu Santo estás glorificado; guárdanos». Recita otra oración en la que pide que santifique las almas de los asistentes, y añade luego: «Paz á todos» á lo que responde el pueblo: «Y con tu espíritu».

100. Por estas palabras empieza la liturgia atribuída al evangelista S. Marcos, discípulo del príncipe de los apóstoles y que se cree ser usada en Alejandría. En esta liturgia el diácono dice al pueblo: «Orad» y éste responde: *Kirie eleyson, Kriste eleyson, Kirie eleyson*; de lo que se deduce que estas preces estaban ya en uso en el primer siglo de la Iglesia. De qué manera se agregaron á las liturgias más modernas, será cuestión de verlo más adelante. Después de estas preces recita el celebrante una oración y prosigue de nuevo: «Paz á todos». Siguen los Kiries como en la vez an-

terior, y así se repiten las oraciones y las preces hasta tres veces más.

101. En ellas se ruega por el Papa, por el emperador y por el obispo. Á continuación es entonado por los cantores el trisagio: «Santo Dios; Santo fuerte; Santo inmortal; tened piedad de nosotros», á cuyo canto conviene también la liturgia de Santiago en el lugar que dejamos. Prosigue el sacerdote en esta liturgia pidiendo á Dios el auxilio contra las tentaciones y tribulaciones, y concluída, responde el pueblo: «Amén». «Paz á todos», continúa el celebrante, «Y con tu espíritu» responde el pueblo, rito en que conviene la liturgia de S. Marcos.

102. *Lección de las Sagradas Escrituras.* Terminado el rito que precede, eran leídas por el Lector las profecías ó parte de los libros del Antiguo Testamento, ó también algunas de las cartas de los apóstoles. En este punto convienen las liturgias, el libro 2.º de las Constituciones Apostólicas y los antiguos escritores; prueba de que este rito se usaba en todas las partes del mundo. Sábese que S. Pablo mandó á los de Tesalónica leyesen su carta en las reuniones (1), y en la que envía á los de Colosas supone que se leía; y «leída, dice, que fuese esta carta entre vosotros, hacedla leer también en la iglesia de los de Laodicea (2). Pero se ha de notar que no principiaba el Sacrificio con la mera lectura de los libros sagrados, sino lo primero que tenía objeto en los lugares donde no se usaban las liturgias de Santiago y de S. Marcos, (todo el Occidente y algunas regiones del Oriente) era el *Dominus vobiscum* ó el *pax vobiscum*, con el cual el celebrante saludaba al pueblo, y éste contestaba: *Et cum spiritu tuo*. Acto continuo se seguía la lectura de una ó dos profecías, pues como asegura S. Juan Crisóstomo: Después de las palabras: *Atendamos*, que pronunciaba el ministro, comienza el Lector la profecía de Isaías y dice: Estas cosas dice el Señor, (3) etc... La misma costum-

- (1) Ad Thesal. cap., V, 27.
 (2) Ad Colos., cap. IV, 16.
 (3) Hom. 19 in actib. Apost.

bre, añade el P. Lebrún (1), regía en Milán, en España y en las Galias, y para comprobar el uso que se hacía en esta última aduce la autoridad de Sulpicio Severo. En los lugares donde se observaban en toda su forma las Constituciones apostólicas, (2) se leían dos lecciones, indistintamente de Moisés, Josué, Reyes, Jueces, Paralipómenos, Esdras y Nehemías, del de Job, de los de Salomón y de los diez y seis profetas; luego un Cantor entonaba los salmos de David, á quien acompañaba el pueblo, repitiendo lo que el Cantor entonaba y á continuación se leían los Actos de los Apóstoles y sus cartas. En África no intercalaban el canto de los salmos entre las profecías y las epístolas, sino que se entonaba, después de concluídas las lecciones que se habían de recitar. Así lo asegura S. Agustín (3) cuando dice: «La primera lección que oímos fué del Apóstol... luego cantamos el Salmo... y después de estas cosas la lección Evangélica».

103. *Deprecaciones.* Finalizadas las lecciones, el diácono, en la liturgia de Santiago, decía al pueblo: «Digamos todos: Señor, tened misericordia; Señor Omnipotente, Dios de nuestros padres, á tí hacemos oración, óyenos; para que venga del cielo la paz y guarde nuestras almas. Oremos al Señor». Así proseguían pidiendo al Señor que les librase de toda tribulación, ira, peligro y necesidad, cautividad, muerte amarga y de sus iniquidades; le rogaban que extendiese sobre ellos su misericordia sin límites y que salvase á su pueblo. Luego éste repetía tres veces: «Señor tened misericordia», y el diácono solicitaba de nuevo, pasar todos los días en perfección de vida, vivir tranquilo hasta el fin de la vida en la fe católica. Acabado esto, el sacerdote oraba á Jesucristo Nuestro Señor, y el pueblo respondía, «amén». Después conmemoraba á la Virgen María y se encomendaba otra vez á Cristo Nuestro Señor, á lo cual contestaba el pueblo: «Á tí Señor» como adhiriéndose á la oración del Sacerdote. Seguía otra oración, y como el pueblo respondiese

- (1) Tomo 2.º Liturg. IV, Priorum sæculor.
 (2) II lib.
 (3) De verbis Apost. Serm. 76.

á ella, «Así sea», añadía el celebrante: «Paz á todos»; y contestaba el pueblo: «Y con tu espíritu»; luego añadía el diácono: «Inclinemos nuestras cabezas al Señor»; á lo que respondía el pueblo: «Á tí Señor». Entonces el sacerdote rogaba al Padre que, puesto que les dió á Jesucristo, esperanza eterna, les concediese la gracia de perfeccionar su sacrificio, á lo cual respondían los fieles: «Así sea».

104. *Incienso.* Antes que el Evangelio fuese recitado, prosigue la liturgia de S. Marcos, se bendecía el incienso y se ofrecía á Dios mediante la oración: «Ofrecemos el incienso delante de tu santa gloria, etc.»

105. Luego el diácono tomaba el libro de los Evangelios é, inclinado delante del sacerdote, decía: «Señor bendice» á lo cual añadía el celebrante: «El Señor nos bendiga, nos fortifique y nos haga odores de su santo Evangelio, pues es Dios bendito, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén». Concluída la bendición, exclamaba el diácono, dirigiéndose al pueblo: «Permaneced derechos. Oigamos el santo Evangelio». Las Constituciones Apostólicas (1) ordenaban que durante la lectura del Evangelio, los sacerdotes, los diáconos y todos los asistentes permaneciesen de pié, guardando absoluto silencio, indicándonos con esta grave ceremonia, la atención que debemos poner en escuchar las palabras del Redentor del mundo. Durante los tiempos que vamos describiendo, el diácono no decía como en los actuales *Dominus vobiscum*, sino el mismo sacerdote recitaba *Pax omnibus*, y contestaba el pueblo: *Et cum spiritu tuo*. Á continuación se leía el Evangelio.

106. Éste era recitado ó cantado por el diácono, como atestigua la liturgia de S. Marcos, ó también por el sacerdote, según dicen las Constituciones Apostólicas, y al tiempo de su lectura había en el auditorio una atención indescribible, á causa de la gran veneración que los fieles profesaban á las palabras del Señor Jesús. Mientras se recitaba, había muchas velas encendidas, signo que confirmaba el respeto y estima mencionados. Así lo expresa S. Jerónimo,

(1) II.

(1) el cual añade, que en todas las iglesias de Oriente subsistía semejante costumbre, y que no solamente se encendían los cirios de noche, cuando se celebraba el sacrificio, si que también cuando el sol estaba en medio del horizonte.

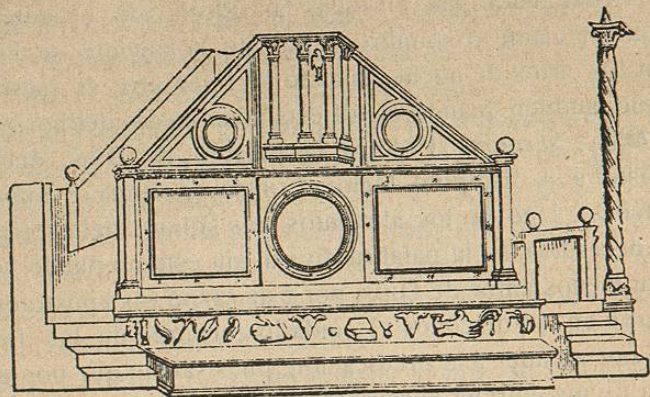
107. *Sermón.* «Predica la palabra de Dios, decía el Apóstol á su discípulo Timoteo: insta oportuna é importunamente». Uno de los alimentos más sólidos del espíritu y aun necesario, es la palabra divina, sin ésta no puede haber fe, ni menos amor de Dios; por esta razón los apóstoles delegaron en los diáconos el cuidado corporal de los fieles, sólo por atender á la predicación, pues sabían que por la palabra divina entraba el reino de Dios en las almas. Para el efecto, era necesario buscar un tiempo oportuno y el más á propósito era después de la lectura del santo Evangelio. Los primitivos fieles en efecto, incluso los catecúmenos, entendían perfectamente el idioma en que se solemnizaba el Sacrificio y oficios divinos; de ahí que, una vez oído el Evangelio, quedasen los ánimos deseosos de entender muchas cosas que por sus luces naturales no alcanzaban, á lo cual respondía el sermón, fervoroso unas veces é intractivo otras. Efectivamente; después de leído el Evangelio, el obispo, si estaba presente, ó en su defecto el presbítero, subía á la cátedra santa, la que consistía en un sitial cerca del presbiterio y, saludando al pueblo, exponía el Evangelio que se acababa de leer. (*Fotografado 20.*)

Abundantes testimonios confirman este punto. S. Justino mártir (2) dice, que una vez concluído el Evangelio ó la lectura de los Apóstoles, el que presidía exhortaba á la observancia de tan saludables preceptos; esto mismo preceptuaban las Constituciones Apostólicas, (3) mandando que la exhortación fuese dirigida por el presbítero ó el obispo. Varios santos Padres como Orígenes, S. Hilario, S. Agustín y otros, asienten á lo propio, y los escritores más recientes que se ocuparon expresamente de es-

(1) Adv. Vigil.

(2) Apol. I.

(3) II.



Fotograbado 20.

Ambón del Evangelio, tal como existe hoy en S. Lorenzo *in campo Verano*, fuera de los muros de Roma. Se subía por las gradas que están cerca del cirio pascual y se bajaba por las del lado opuesto. Martigny, palab. *Ambón*.

ta materia enseñan con el cardenal Bona, (1) que esta costumbre que tuvo su principio en los mismos albores de la Iglesia, jamás se interrumpió, llegando íntegra hasta nuestros días. La predicación de la palabra divina, después del Evangelio, parece que sea imitación de lo que hizo Nuestro Señor Jesucristo en la Sinagoga de Nazaret, cuando habiendo entrado en ella, según costumbre, tomó el libro de las profecías, y habiendo leído á Isaías, cerró el volumen y comenzó á dirigir la palabra divina á los judíos.

108. *Dimisión de los catecúmenos, penitentes y energúmenos.* Los catecúmenos eran los que siendo gentiles ó judíos deseaban ingresar en el Cristianismo. El tiempo que mediaba entre este deseo, aprobado por el obispo, y el bautismo, se llamaba *catecumenado*. Se les daba el nombre de cristianos, mas no el de fieles, prerrogativa que les alcanzó el Concilio de Elvira (2). Antes de recibir el sacra-

(1) Rerum Liturg. lib. II, cap 7 §. VIII. Véase al P. Le-brun Liturgia IV priorum sæculor, y á Martene de Antiquis Eccles. ritibus, lib. I, cap. IV, art. V.

(2) Can. 39.

mento referido era necesario que pasasen por tres distintos órdenes de catecumenado. Por su orden se enumeraban: oyentes, prosternados y competentes. La primera clase de catecúmenos era preparada con la mejor destreza posible, porque, imbuída en los misterios gentílicos, encenagada en asquerosos vicios y contando con muchas preocupaciones contra nuestra Religión, era preciso que los catequistas anduvieran con pasos muy seguros para poder ahuyentar de los entendimientos catequizandos tantos fantásticos errores y prevenciones tantas; y para conseguirlo se les hablaba de la creación del mundo y caída del primer hombre; de aquí pasaban á darles noción del solo Dios, y cómo habló al mundo por medio de sus patriarcas y profetas; y para persuadirles de todo esto les presentaban los milagros obrados por el Omnipotente en el pueblo judío y de los cuales ellos tenían noticia; después les declaraban los asuntos de mayor importancia del Antiguo Testamento, y como éste era sombra del Nuevo; á continuación se ocupaban de la conformidad existente entre uno y otro; les referían la vida, pasión, muerte y resurrección del Salvador, el establecimiento de la Iglesia y el juicio final; finalmente les prevenían contra los escándalos de los malos cristianos. Á fin de conseguir el que se apartasen del pecado les ponderaban los terribles juicios de Dios, el castigo que da á los que pecan, etc. y de este modo iban infundiéndoles un temor saludable. Así dispuestos, entraban en el atrio de la Iglesia y oían las primeras oraciones, las profecías, el evangelio y el sermón.

Cuando creían en lo que se les había catequizado, y obraban de conformidad con lo mismo, eran introducidos en el segundo grado, llamado de los *prosternados*, á quienes se les enseñaban cosas más altas de la Religión y se les permitía estar en el templo entre el atrio y el ambón.

Finalmente los *competentes* permanecían entre este lugar y el presbiterio; se les enseñaba el misterio de la Santísima Trinidad y el sacramento de la Penitencia, y pocos días antes del bautismo oían por primera vez el símbolo y la ora-